

## Diagnóstico a la carta

Humberto Salas Benavides

Trabajador independiente

CORREN SUS PERROS INQUIETOS a lo largo del portal, van y vienen. Margarita deja con lentitud y desgano el sofá y de nuevo asoma nerviosa por la ventana: “Dios mío, esto no para, está terrible”. Escurren densos hilos de agua iluminados por los relámpagos. Su casa de campo está envuelta por la oscuridad total, la tormenta cortó la energía eléctrica. Ni señas de su mentora, tiene un retraso de más de treinta minutos.

Una y otra vez los truenos estremecen en el espejo la lánguida imagen amarillenta de las veladoras. Parecen apagarse por su intensa tos y su caminar pausado por la sala. Marca de nuevo a Lucila, su puntual maestra de tarot, quien le revela sus secretos, adivina su futuro, apacigua su mal de amores y otros enjuagues. Transita preocupada de un lado a otro. Aplasta su desarreglada cabellera negra ante los recurrentes dolores.

Ya tiene tiradas las cartas en la mesa de centro. Crece su angustia a cada minuto. Hace la enésima marcación y de nuevo al buzón. Ahora intenta comunicarse por WhatsApp: “Lucila, te estoy esperando, ¿en dónde vienes?, ¿a qué hora llegas?” —le escribe.

Sin tregua cae la lluvia. La furia del viento no cesa. Los intensos destellos azules intermitentes invaden las habitaciones.

Envía otro mensaje: “Por favor, ve las fotos de las cartas, dime si estoy contagiada del coronavirus”.

No hay respuesta. Lo reenvía. No hay respuesta.

“¡Lucila, contéstameeee!”, grita sofocada. Le falta aire. Abre un cajón de la cómoda y busca el rosario entre joyas y medallas. Se precipita sobre el celular cuando escucha una notificación. Lo agarra mal, está a punto de caer de sus manos. Entre malabares, logra atraparlo.

“¡Al fin! ¡Al fin me contestaste, mi querida maestra!”

“Alerta de protección civil. Urge a la población a...”.

“¡Malditos, a mí que me importa!” Avienta irritada el celular.



De nuevo tose con intensidad. Otra notificación. A gatas remueve las densas sombras asentadas en la alfombra y lo encuentra.

Es Lucila, le envía un mensaje de voz: “Está complicado llegar. Estoy atorada en un retén, cerraron la carretera. Nos comentan que probablemente en cuarenta minutos o más desfoguen la circulación”.

“¿Y las cartas qué dicen? Me siento muy mal, muy mal, ¿qué significan Lucila? Por favor, contéstame” —le responde con otro mensaje de voz.

A tientas encuentra el rosario y lo aprisiona en su pecho. Se cuelga un crucifijo.

Los perros ladran. Rascan la puerta, gruñen y ladran.

“¡Ya basta, cállense! ¡Basta!”

Otro mensaje: “Tu salud me preocupa, Margarita, y quiero que de inmediato te atiendas, es sólo un piquetito. Veo un mal augurio por las espadas encontradas y en la seis de bastos hay indicios de... Un beso amigos, cuídate, cuídate.”

“¡Nano vacunas nunca! ¡Nunca!” —espeta.

A sus perros les escurre el miedo por sus cuerpos empapados, aúllan quejumbrosos. “¿Qué les pasa?! ¡Silencioooo! Voy a rezar”.

¡Auuu!, ¡auuu! Siguen aullando. De pronto, asustados, huyen en estampida, chapalean al cruzar los enormes

charcos y se esconden en las cuevas de las sombras. Sacuden sus cuerpos, ven hacia la casa de campo, les tiemblan las patas. Retroceden más, se quedan quietos, paralizados.

La temperatura de Margarita sigue alta. Se hinca con dificultad para iniciar sus oraciones. Se persigna. “Santa María, madre de Dios, intercede por mi salud, Santa María, madre de Dios, protégeme, Santa María...”. Escucha insistentes toquidos en la ventana. Presurosa hace a un lado la cortina, en el vidrio se reflejan sus enormes ojeras. Abre desmesuradamente la boca para respirar. Por fuera aparece el rostro de una mujer oculto debajo de un paraguas abierto y con algunas varillas quebradas y la tela negra raída. Una centella tras otra dejan al descubierto sólo su mirada fría, profunda. Ahí está impávida y sonriente ante el clima torrencial. Por encima de estruendos y ráfagas del viento se impone su voz diáfana y serena.

—Vengo por ti, incrédula.

Balucea.

—¿Quién eres?, ¿quién eres?

—Lo sabes bien.

Se desploma.

Callan sus perros, que a distancia aullaban temerosos. Levantan sus narices. Perciben una inmensa soledad. Se ven entre sí, permanecen quietos abrazados por la tristeza. Sobre el resto de la noche cae a cántaros el agua.